



GABRIELA MAGISTRAL: 70 AÑOS DEL NÓBEL

La última vez que vimos a Gabriela Mistral fue en el homenaje nacional de tres días que se le brindó después de su muerte, en el Salón de Honor de la Universidad de Chile. El 21 de enero de 1957 bajó “a la tierra humilde y soleada”, como dice en sus famosos “Sonetos de la muerte”. Desde entonces se entretajan especulaciones sobre su vida y se polemiza sobre su obra.

La manera más segura de describir la vida y obra de Gabriela Mistral es como un inventario de problemas. Su vida es un enigma y su obra no se deja encasillar. La crítica tradicional ensayó un conjunto de respuestas parciales. Desde 1989 en adelante, centenario de su nacimiento, se renueva el contexto nacional y surge una nueva crítica.

Persisten sin embargo los problemas. Un registro rápido debe incluir la actitud de la poeta con respecto al suicidio de su amado, las relaciones con otras mujeres, la situación de su hijo adoptivo, la actitud frente a Chile, la forma en que el Estado chileno ha encarado su obra.

Hasta una pregunta simple se vuelve problemática: ¿Dónde está el espacio feliz en la poesía de la Mistral? Su obra testimonia desde temprano el trauma de la infancia pero también el encanto de la vida monástica en el Valle del Elqui. La escasa armonía que emerge tiene que ver con la naturaleza y no con la sociedad chilena.

Su visión religiosa es de una extrema ambigüedad. Está hecha de tradiciones populares, catolicismo, feminismo, cosmología, cristianismo, nociones orientales, humanismo. Su visión política estaba más adelantada que el propio país. Con ironía, saludó una reforma agraria chilena antes de que realmente existiese.

Fue catalogada de educadora y su creativa teoría de la educación nunca se ha implementado en el país. Creó en su obra una propuesta de identidad nacional basada en una crítica al país. Hay en ella una visión indigenista y en pro del campesino en una nación donde estos sectores han estado siempre postergados.

El realismo criollista de la Mistral se mezcla con una visión alucinada de América. Al naturalismo y regionalismo se yuxtapone una frecuente fantasmagoría en su obra. Para ella, la cultura chilena ha dado la espalda a la tierra. La revelación del mundo, en su fórmula americanista o nacionalista, se mezcla con la revelación subjetiva. Se ve a sí misma con una gran sensatez y como una loca.



Los problemas continúan. La canción de cuna infantil parece más bien dirigida a los adultos. Sus poemas cuentan una historia. Es una poeta de grandes prosas. La oralidad de que hace gala se genera al interior de su escritura. Los chilanismos aparecen en su obra cuando escribe fuera de Chile. Ama al país, pero a la distancia. Representa diplomáticamente al Estado de Chile, que la desconoce.

Como Neruda, Huidobro o de Rokha, Gabriela somete la sociedad chilena a un examen de la cual nuestra sociabilidad no sale bien parada. Tradicionalismo, pacatería, burocracia, exclusionismo, pobreza, discriminación, son siempre mencionados.

Chile es pues en su obra como el amado ambiguo. El país tiene como rasgos predominantes la envidia, el racismo, la ignorancia, el retraso. Toda esta visión no le permitió diseñar una apropiada figura humana en El poema de Chile, donde el país emerge como un paisaje formidable pero desolado. Ha tenido que pasar más de medio siglo para que muchas de estas contradicciones hayan sido cuidadosamente reexaminadas por la nueva crítica mistraliana, a partir de los materiales bibliográficos recibidos y puestos en línea, digitalizados, para la ciudadanía.

Manuel Jofré, profesor
Universidad Viña del Mar